

Entrevista al Padre Fabián Castro de Argentina



Ordenado como sacerdote el 7 de diciembre de 1993, el padre Fabián Castro es párroco de San Cayetano en Paraná, Argentina. Perteneció al Consejo Presbiteral y al

Consejo de Órdenes y Ministerios. Actualmente brinda la cátedra en Teología Pastoral en el Instituto "Fons Vitae" y la cátedra de Comunicación Institucional y Homilética en el Seminario Arquidiocesano.

¿Cómo define el Padre Fabián Castro a la Fe?

Esta pregunta supone a priori una postura, la del mundo del conocimiento intelectual en el cual las cosas pueden ser, al modo de Descartes, catalogadas desde ideas claras y distintas. En esa misma época, Pascal decía que el corazón posee razones que la razón no puede entender. Y es este mi punto de partida. El corazón, en sentido bíblico, es el lugar del misterioso encuentro entre el hombre y Dios. Allí el Altísimo nos alumbró con la luz de su Santo Espíritu. Y, también, es allí desde dónde le respondemos a sus mociones. Allí las certezas no son ni intelectuales ni emocionales, son solamente certezas que da la experiencia de un encuentro.

¿En la actualidad que tipo de fe esta viviendo el mundo?

Cuando hablamos del mundo, a mi se me complican un poco las cosas, porque no sé desde donde situarme. Si por el mundo nos referimos a los no creyentes y no cristianos, entonces podría ubicarme de una manera para responderles. En concreto les hablaría

del fenómeno de la increencia y la fe (entendida esta como una percepción de algo trascendente a la propia persona que le guía la vida) sería el aferrarse a una serie de valores que iluminan el caminar por la existencia. Desgraciadamente observo que esos valores tienen que ver mucho más con el bienestar individual que con la búsqueda del bien común. Me refiero concretamente al éxito económico en la vida, el confort material que da el consumo abundante de bienes perecederos. Los grandes ideales han pasado de moda y valores como la solidaridad están presentes, pero para grandes acontecimientos catastróficos como una inundación o el terremoto del Perú.

Hay quienes engloban en el "mundo" a los bautizados que no practican su fe, es decir, que la tienen como un "barniz superficial". Entonces podríamos señalar otro componente muy presente, sobre todo en la religiosidad popular no purificada. Me refiero a la vivencia mágica de la fe. Mágica en el sentido de que se busca a "la divinidad" para que me resuelva mis problemas luego de entregarle, de mi parte, algún rito. Como un intercambio comercial o como una confianza desmedida en una ceremonia que es capaz de torcerle el brazo a Dios.

¿Cuáles son los retos que enfrenta el hombre del siglo XXI frente a la religión católica?

Me parece muy interesante la pregunta, porque siempre la hacemos al revés. El método pastoral ver-juzgar-actuar siempre nos hace partir de una visión de la realidad para luego pensar nuestra respuesta de fe. Pero aquí me proponen lo inverso. Se me ocurre un gran reto que los católicos les planteamos al mundo contemporáneo: la existencia de certezas absolutas y el convencimiento de que se puede (y se

debe) vivir bajo esa luz. En un mundo que camina bajo la convicción de que no hay “verdades permanentes” y todo pasa cuando “pasa de moda”, la pretensión de Alguien que dice “Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie va al Padre si no es por mí”, causa el escándalo de la indiferencia o el escozor de la irrupción de la intolerancia y la discriminación. En las élites intelectuales estas certezas son vistas como un retroceso a la “obscura Edad Media” producto de un pensamiento débil que se refugia en fundamentos insustanciales por no terminar de aceptar la inexorable marcha de la historia.

¿Cómo hacer que los jóvenes vivan un encuentro con el Cristo Vivo en la actualidad?

El encuentro con Jesús siempre se da de la misma manera. A mi me gusta mucho el relato de los jóvenes discípulos de Emaús que nos presenta el Evangelio de Lucas. Allí el encuentro con Jesús se propicia por el hermano testigo que camina junto a nosotros. Esa experiencia se fundamenta con la iluminación de la Palabra de Dios, se alimenta con la Eucaristía y se prolonga a través de la vivencia comunitaria en la cercanía de los Apóstoles. Todo esto sigue siendo hoy muy válido para todos, también para los jóvenes. El primer paso es el que más nos cuesta en nuestra cultura. El testigo que se acerca y comparte su fe es la raíz del acontecimiento cristiano, no porque nos parezca que deba ser así, sino porque es la intención del Señor (Hch 1,8). Nos cuesta por cierta vergüenza de parecer o comportarse como creyentes. Entonces nos disfrazamos de “semejantes” y dejamos la manifestación de la vida de gracia para la intimidad o el círculo de amigos.

¿Qué valores requiere ejercer un joven para vivir el Evangelio?

Decía un gran educador de los jóvenes que los valores son percepciones universales que cada uno los debe incorporar a su vida. Cuando los hacemos nuestros se transforman en virtudes. El mundo de hoy está lleno de propuestas de valores, pero somos pocos virtuosos. La capacidad de gobernarse a sí mismo; la valentía para vivir los ideales; la esperanza de la Morada eterna que se convierte en amor concreto a través de las obras; la confianza en los otros y en El Otro que obra por su Gracia; la honestidad en lo cotidiano; la perseverancia en los propósitos y la vigilancia de las repuestas; la sabiduría para discernir lo bueno y agradable al Creador... Todos estos son valores. Hay muchos más. El desafío es transformarlos en virtudes.

Por: María Velázquez Dorantes / mvdorantes@yahoo.com.mx